

y el propio Hispano corrigió, cuerdamente esos lunares, como era de esperarse de un hombre de su gusto, y así, leemos en la intachable edición de 1910 :

Después, mis brazos han ceñido el busto
Tembloso de indómitas centauras,

con lo cual se salva la armonía del verso. Pero cese esta glosa que peca de malévola.

Al doblar la última página del *Jardín de las Hespérides*, queda vibrando musicalmente en un oído el lírico trotar del Centauro.

Al terminar esta segunda parte de mi ensayo me despido del poeta con aquellas palabras de Leconte de Lisle :

... tu vois la plus magnifique des âges,
Qui s'épanuira sur le monde enchanté,
La ville des héros, des chanteurs et des sages,
Le temple éblouissant de la Sainte Beauté.

En otro artículo trataremos de *La Leyenda de oro* y de *Ele-gías caucanas*.

GIRO MOLINA GARCÉS

NOTAS LITERARIAS

SERMONES Y DISCURSOS ESCOGIDOS DEL DOCTOR RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA, BOGOTÁ — IMPRENTA DE "LA LUZ" — 1913

El ilustre autor de los *Sermones y discursos escogidos*, en una breve advertencia puesta al frente de su libro, con cristiana y sincera modestia hace por persuadirnos de que "jamás ha emprendido trabajo puramente literario, ni soñado en cultivar el arte por el arte, ni abrigado la loca pretensión de enriquecer las letras patrias. Su propósito ha sido *propagador y docente*. De otro modo no habría dicho una frase en público," y se nota en el doctor Carrasquilla cierto escozor de conciencia por haber dado a luz su muy bello al par que utilísimo libro, y nos repite y nos insinúa la idea de que no ha tenido pretensión literaria ninguna, porque "más humildad que soberbia revela quien colecciona sus discursos."

na sus discursos." Hay que saber que el que así habla es el señor doctor Rafael María Carrasquilla, rector del Colegio del Rosario, director de la Academia Colombiana de la lengua, y ni más ni menos que doctor en teología por privilegio pontificio, título no muy a menudo discernido.

Esto nos hace pensar en algunos ardientes apologistas cristianos de los cuatro primeros siglos de la Iglesia, que deseosos de dar en tierra con el paganismo, combatían el espíritu de las artes y letras antiguas, y al propio tiempo, sin quererlo, empleaban en sus escritos las formas puras y perfectas de los oradores y poetas del brillante siglo de Augusto.

La aparición de los *Sermones y discursos escogidos* no es acontecimiento de poca monta, ni que pueda pasar inadvertido. Bien notable es el hecho de que en la oratoria sagrada no ha sido maestra clásica y muy fecunda nuestra madre patria, en donde sí ha florecido de manera insuperable la mística cristiana. En cambio, Francia se enorgullece con un Bossuet y un Fenelón, y en la época moderna ha subyugado los corazones y los entendimientos con oradores de primer orden como Lacordaire.

La cátedra sagrada de Colombia en todo tiempo ha tenido muy dignos representantes, pero quizás pueda afirmarse, puesto aparte el Arzobispo Mosquera, que con el doctor Rafael María Carrasquilla y el doctor Carlos Cortés Lee ha alcanzado su apogeo, por el encendido espíritu católico que la informa, por la admirable galanura de la frase y por la abundantísima copia de doctrina patristica y filosófica que le sirve de base y coronamiento.

El libro del doctor Carrasquilla puede dividirse en cuatro partes: *oraciones fúnebres, panegíricos de los santos, oraciones gratulatorias y discursos académicos*.

Las oraciones fúnebres datan de los más antiguos tiempos, y llevadas al más alto grado de esplendor en el siglo

de Pericles, en Roma tuvieron no escaso desenvolvimiento; y to los sabemos el efecto prodigioso de la arenga de Marco Antonio ante las vestiduras ensangrentadas de César. Pero la oración fúnebre antigua es apenas un elogio civil o militar; es un tributo mundano consagrado a los héroes y a los guerreros. La oración fúnebre católica es una profunda meditación sobre las excelencias de la virtud cristiana y lo efímero de las glorias humanas, generalmente ante las tumbas recién abiertas. El doctor Carrasquilla se encarga de darnos una descripción de ella:

“Es también la oración fúnebre un lamento ante la horrible desproporción que media entre los designios de los grandes hombres y el breve espacio de la vida de que disponen para realizarlos; ante lo imposible de que el varón ilustre deje sucesor digno de sí, ante el hundirse de los proyectos más grandiosos, de las más colosales empresas.”

El modelo insuperable de las oraciones fúnebres es Bossuet, y ya sea que declame su exordio solemne en la oración por la Reina de Inglaterra; ya que pame con su elocuencia a la desaparición de la duquesa de Orleans; ora estremezca el espíritu patriótico en el panegírico de Condé, o medite sobre lo rápido de la vida humana, siempre el orador francés repetirá esta aterradora frase, en presencia de la muerte: *Et nunc, reges, intelligite; erudimini, qui iudicatis terram.*

A la voz elocuente del orador colombiano desfilan ante nosotros tres eximios arzobispos: el señor Arbeláez, el señor Paúl y el señor Mosquera, que como prelados son otros grandes de la tierra; surge la augusta y dilatada sombra de León XIII, y pasa no nimbada por tan excelsa gloria, pero siempre insigne, un extraordinario hombre de estado, el doctor Rafael Núñez.

Ante estos cinco sepulcros venerandos el doctor Carrasquilla alza su voz, que vibra con los acentos de la verdad; traza un rápido cuadro de la época en que vivió cada uno

de esos grandes y encumbrados personajes; enumera sus hechos, exalta sus virtudes y dobla la cabeza con respeto ante las miras de la Providencia, cuando la posteridad empieza para ellos.

La figura del señor Arbeláez está esbozada con pluma no muy firme; pero a pesar de esto se destaca con gran claridad la severa silueta de ese Arzobispo a quien tocó afrontar tremendas borrascas, cuyo empuje soportó con admirable serenidad. Vióse entonces en Colombia a la Iglesia amenazada en sus dogmas y en sus costumbres con fuerza aterradora; contempló el dolor de las madres católicas cuando sus hijos eran arrancados del hogar paterno y conducidos a la impía escuela laica, y escuchó el prolongado cañoneo de una guerra provocada por la injusticia de los gobernantes. Y sin duda se necesitaban prodigios de vigorosa mansedumbre cristiana para no dejar huérfana la sede confiada a su cuidado. La calumnia en esos días clavó su escondido diente en el corazón del Prelado, y él supo conformarse con los rígidos veredictos de su conciencia. Al señor Arbeláez pudo aplicarse lo que dijo el poeta:

Quando le traspasó dardo alevoso
De calumnia atrevida,
Cual madero oloroso
Vertió sólo fragancia por la herida.

La oración fúnebre del señor Paúl es la escrita con más cariño, con más tierna e inimitable sinceridad, con verdadero amor filial. Leída esta oración, la dulce imagen del señor Paúl no se borra nunca de la memoria. “El timbre inolvidable y grátsimo de la voz; lo correcto de la pronunciación tan clara y sonora como en Castilla, tan blanda y acariciadora como en América, y aquella acción del rostro y de las manos, infracción de todas las reglas de los preceptistas, imposible de imitar por quien no fuera él mismo, exhibición de gracia y gentileza que hacía tan agradable el sermón a la vista como al oído, completaban al señor Paúl como orador sagrado.”



¡Cómo resalta por sobre toda prenda la bondad del santo Prelado bogotano! ¡Cómo reluce, a través de la tímida contextura de las palabras, el apacible rostro del cariñoso Arzobispo! Aparece su figura apenas tocando la tierra, y le queda a uno vagando en el espíritu como una etérea creación de Fra Angélico.

Pero donde el arte, la ciencia, la erudición divina y la profana alcanzan su mayor grado de esplendor es en la elegante y sabia pieza oratoria sobre el señor Mosquera. Más que una oración fúnebre es un brillante estudio sobre la vida de ese Prelado, que reunió para gobernar a su grey todos los dones del entendimiento y de la voluntad, todos los tesoros de la juventud y de la severa belleza varonil, todos los fulgores de la virtud ornada con los atavíos de un ilustre abolengo. Nada queda por decir ya sobre su obra de filósofo cristiano; sobre su tarea de educador paciente y concienzudo; sobre sus controversias de teólogo más íntimo; sobre su labor jamás interrumpida como amante guardián de su rebaño.

“EL ARZOBISPO, dice el doctor Carrasquilla, creció entre el estrépito y los hechos de nuestra guerra de emancipación; en aquel tiempo de hazañas legendarias y padecimientos acerbos, de abnegación y desprendimiento en medio de aterradoras crueldades. Vio nacer a Colombia, la de Bolívar, la grande; conoció de cerca al Libertador, y oyó su voz y presencié su gloria; y después fue testigo de las ingratitudes que lo llevaron a morir a poder de hondas tristezas y desengaños.”

El pintor que hace el retrato de una persona corre muy a menudo el riesgo de amañar el parecido con la prolijidad de los pormenores, y el que sólo quiere llegar a ello con unas breves y rápidas líneas, se expone al peligro de no producir un retrato sino una caricatura. En la pintura que el doctor Carrasquilla nos hace del Arzobispo Mosquera, no incurre en ninguno de los dos extremos, y el pontífice colombiano aparece ante el cabildo eclesiástico y el

clero con “la ancha frente coronada de abundantes y sedosos cabellos negros, la mirada limpia y firme; la corrección irreprochable de las facciones velada a los ojos del cuerpo y realzada a los del espíritu por las huellas del estudio, la meditación y la penitencia; y la apostura, el andar, los ademanes, y aquel modo de manejar los amplios pliegues de las vestiduras pontificales con todo el desenfado y la majestad de un príncipe y la recatada modestia de un perfecto sacerdote.”

Las oraciones fúnebres del doctor Carrasquilla, incluso la de León XIII, pero ante todo ésta sobre el señor Mosquera, son la historia, en más de medio siglo, de la constante lucha sostenida por el poder eclesiástico contra las invasiones del poder civil, el resumen del eterno combate entre la verdad y el error; la síntesis de la diaria batalla librada entre la civilización cristiana y las disolventes doctrinas de la fuerza y el despotismo, entre el hecho particular aplastante y la generalización salvadora; pero esta historia que decimos no es de fechas y datos efímeros, sino saliente y vivida; y si, como creía con razón Lamartine, la historia de un pueblo es la de sus grandes hombres, la historia de la Iglesia en Colombia en los dos últimos tercios del siglo pasado la forman las penalidades y sufrimientos inauditos de nuestros prelados.

Pero en la oración fúnebre en que nuestro orador tuvo que apelar a todas las fuerzas de la discreción y el talento, fue sin duda en la del doctor Núñez. Cuando la pronunció, en 1894, las pasiones banderizas se entrecrocaban en torno del túmulo del eximio legislador de Colombia con el ardor con que griegos y troyanos combatían al rededor del cadáver de Héctor; y aún los odios políticos no apagados suenan en el Cabrero con el tenaz y melancólico lamento de las ondas que vienen a golpear, sin derruirlas nunca, las ciclópeas murallas de la ciudad heroica.

Jamás hombre alguno realizó, con menos medios humanos, una transformación tan grande y profunda y dura-

dera como la llevada a cabo por el doctor Núñez. No era fácil convertir un pueblo, llevado al último extremo de la anarquía, en una república ordenada y floreciente; no era poco unificar una legislación utópica e incoherente, y sobre todo no era empresa a todos concedida el restablecer a Dios en las escuelas impías y devolverles la paz a las conciencias. Por eso para unos el doctor Núñez es la cifra y compendio de la maldad y la traición, y para otros, entre los cuales figuramos nosotros, es un hombre extraordinario y providencial.

Entre el doctor Núñez y la posteridad siempre habrá un enigma; y como todos los hombres que han verificado a fuerza de genio un gran cambio político o religioso, o ambos a la vez, su nombre será siempre señal de largas e interminables controversias.

El doctor Carrasquilla ha comparado al doctor Núñez con Constantino el Grande, y a fe que no le falta razón; y si nosotros fuéramos inclinados a hacer paralelos como lord Macaulay, bien pudiéramos trazar un paralelo entre los dos legisladores, guardadas las debidas proporciones. ¿Fue Constantino un cristiano convencido cuando se declaró paladín y protector severo de la Iglesia de Roma? Zózimo lo pone en duda, y para explicar este hecho alega motivos interesados. Sin embargo, Lactancio y Eusebio exponen razones de otro orden, sobre todo hechos sobrenaturales, y la crítica histórica parece inclinarse en favor de estos últimos. ¿Fue el doctor Núñez un católico de veras? Hay razones en pro y en contra; y no se sabe si su entendimiento portentoso, a la manera de los católicos no practicantes de Francia, comprendió que la Iglesia era la sola institución que podía resolver los múltiples problemas económicos y sociales, y sin amarla de corazón siguió sus luminosas huellas; o debemos creer que una inspiración de lo alto guió sus pasos hacia la reforma; pero tanto Constantino como el doctor Núñez siguen un mismo proceso psicológico, y tímidos al principio, avanzan en seguida con

fe; y si el primero, ya al fin de sus días, derogó el edicto de Milán, favorable aun a los paganos, el segundo declaró a la Iglesia católica como única maestra de la verdad; él, que en su juventud había proclamado a la duda como temible conquistadora de las almas, y había renegado hasta de la ciencia,

Escala vacilante en que pasamos

De un error a otro error.

La Iglesia no ha considerado a Constantino como santo, ni siquiera como justo, y otro tanto ha hecho con el doctor Núñez; pero a uno y otro los ha colocado en firmes pedestales, y ha inmortalizado su memoria.

Sobre la magistral oración fúnebre por León XIII sería débil y estéril todo comentario; y apenas podemos decir de ella lo que una ilustre viajera de las pirámides de Egipto, después de sugerirnos su severa elevación: "En suma, las pirámides son altas, muy altas."

Los *panegíricos de los santos*, pronunciados todos por el doctor Carrasquilla, en plena juventud, tienen la fresca unción y caridad del sacerdote católico; son las tiernas elevaciones del pastor de almas, y a través de la diáfana pureza del estilo, se columbra en ellos el corazón del apóstol; pero no hay una sola que no esté vivificada por el soplo fecundo de la doctrina de Santo Tomás de Aquino, y no hay una sola tampoco en que no se descubran serios y pacientes estudios clásicos, y muy grandes conocimientos de la historia en sus diversos ramos.

En el sermón sobre *la fundación de Bogotá*, el orador se exalta por modo extraordinario. Fue pronunciada en 1885 cuando dos aguerridas huestes se disputaban palmo a palmo el suelo de la patria... Más tarde las ondas del Magdalena arrastraban los cadáveres de siete valerosos guerreros enemigos nuestros, heridos por el frente en la lid, y las murallas de Cartagena habían presenciado la más grande audacia que se haya acometido en una guerra civil; ¡inútil sacrificio este de nuestros abnegados compatriotas!

Dios había hecho oír ya su voz a lo largo de nuestros ríos, en lo más alto de nuestras cumbres y en lo más profundo de nuestros valles.

“Veinte mil hombres, veinte mil hermanos, arrancados al trabajo de sus brazos y al amor de sus familias, decía el doctor Carrasquilla, se están matando por defender principios que ellos no comprenden ni conocen siquiera. De una a otra parte se llevan a cabo prodigios de valor y de constancia, y mientras tanto el país se empobrece y se desmoraliza y se arruina. Cada bando celebra como triunfo la muerte de sus contrarios, sin recordar que son centenares las viudas y los huérfanos que quedan en el desamparo y la miseria; y que a veces un jefe menos en las filas enemigas es también un servidor menos de esta patria.”

El sermón de *Pentecostés* le sirve de base para hacer, entre otras cosas, un elocuente paralelo entre la bárbara cultura romana y la sencilla barbarie germánica, y en este punto este sermón parece una página arrancada a la historia de Guizot! El panegírico de San Ignacio de Loyola es un verdadero discurso académico, y el de San Pedro Claver es un hermoso canto a la caridad cristiana, y un himno a la Iglesia Católica, que al fin abolió para siempre la esclavitud, el último resto de la iniquidad antigua.

El doctor Carrasquilla ha llamado *oraciones gratulatorias* a las pronunciadas por él con el objeto de exaltar el purísimo sentimiento de la religión y de la patria; y nada más grato para el rector del Colegio de Nuestra Señora del Rosario que hacer el elogio del arzobispo Fray Cristóbal de Torres, el más grande y santo benefactor de la república. Fue al descubrirse la estatua que perpetúa la memoria del inmortal prelado, cuando el doctor Carrasquilla pronunció esa oración gratulatoria que evoca los más altos recuerdos de las glorias de España y de Colombia. ¡Cuántos varones ilustres se agrupan en torno de la sombra veneranda de Fray Cristóbal de Torres! Caldas, Girardot, D'Elhuyart, Maza.... La lista de sabios, estadistas y

guerreros sería demasiado larga. Esta oración y la pronunciada en el centenario de la independencia nacional, son el más vivo testimonio de cómo en el pecho de los sacerdotes católicos arde como en ninguno otro la llama del puro y verdadero patriotismo. Nada más elocuente que el exordio de esta oración. Hay momentos en que parece que la fina mano del orador sagrado está empuñando la espada vencedora; cree uno por un instante que la sotana del sacerdote se ha trocado en la coraza del soldado, y que no estamos escuchando la voz de la verdad en la cátedra divina sino la arenga militar en el campo de batalla.

Para nuestro egregio prelado actual el doctor Carrasquilla tiene frases de verdadero cariño; y todos sabemos el profundo amor que abriga por este noble anciano, más grande por su modestia que por sus obras, así de duraderas como el bronce.

De los discursos académicos del doctor Carrasquilla nada tenemos que decir. No hay colombiano, siquiera sea de pocas letras, que no haya leído el hermoso estudio sobre la mística de Tunja, con ocasión de su recibimiento como miembro de número de la Academia Colombiana; pero su obra magistral es su discurso sobre el doctor Zerda. La perfección de la forma corre en él parejas con la profundidad del concepto, y el hombre versado en las últimas luchas científicas está a la altura del literato y del filósofo.

LUIS MARÍA MORA

(De *El País*)

